

ENTREACTOS

# ¡ALLA ELLOS!

Oct 30/53 Alerta  
Por Ramón Vasconcelos

COMO respuesta precipitada al acuerdo del Consejo Consultivo que designó a dos de sus miembros para que se entrevistaran con el alcalde de La Habana, señor Justo Luis Pozo, y trataran de disuadirlo de lo anacrónico y dispartado que sería la sustitución de la estatua de Fernando VII por la de Carlos Manuel de Céspedes en la Plaza de Armas, la Junta Nacional de Arqueología —no de urbanismo ni de ornato público— le comunicó ayer la aprobación de lo acordado por la Comisión del Cincuentenario de la Independencia que, salvando todos los respetos, puede calificarse de extemporánea carga al machete contra el sentido común.

Cada cual cumple con su deber como lo entiende, y quienes están cansados de viajar y ver que en todos los países cultos, que es cosa distinta de civilizados, se conserva la piedra vieja de los monumentos y las construcciones históricas o artísticas sin moverlas del sitio de su emplazamiento sino en épocas de barbarie bélica (como ocurrió con las estatuas de bronce de París bajo la ocupación alemana para fundirlas y convertirlas en cañones, o hacen los nuevos ricos yanquis con los castillos europeos que compran, como si el valor estuviera en el castillo y no en el escenario de su historia), se espantan del espíritu demoledor que impera entre nosotros con el pretexto de dar paso a las corrientes de modernidad.

Cuando se anunció que las arcadas del Mercado del Polvorín caerían bajo la piqueta, protestamos unos cuantos, alegando que un rascacielos o uno de esos cubos de cemento, muy funcionales pero muy anti-estéticos, hechos con fines especulativos pero no con propósitos de embellecimiento o perdurabilidad, supuesto siempre en toda construcción de gran aliento, podían

levantarse cuando se quisiera, mientras que la pátina de los siglos y la *biografía* de una catedral o de una venerable residencia privada no puede improvisarse, de la misma manera que se puede hacer una carretera en unos meses, pero no hacer crecer y desarrollarse por decreto una ceiba como la del Templete. Todo fué en vano, y la tozudez oficial derribó escandalosa, espectacular, gozosamente las arcadas, despojando a La Habana de una parte de su patrimonio arqueológico y ornamental.

Yo no digo que ahora mismo suceda esto, pero están los habaneros hartos de ver cómo, burlando las ordenanzas de construcción, se han levantado en lugares céntricos edificios fuera de línea, el de Payret, por ejemplo, que debió seguir la del Instituto, y otros bien conocidos por la potencia del brazo de sus propietarios. En tales ocasiones no han contado para nada los detalles que ahora se consideran un impedimento; o no han constituido un impedimento para disponer su modificación o supresión ni siquiera las razones de orden histórico o estético, como los que se alegan en el presente caso. La cuestión no es de capricho, de simulación patriótica, de politiquería demagógica, ni *de a porque si, porque me llamo león*.

Cuba está llena de muñecones que dicen que es Martí. A un muchacho de un pueblo se le antoja amasar un poco de arcilla, modelar una cabeza con una frente desproporcionada, y como se invoca el nombre del Apóstol, que va siendo un salvoconducto para todo, las instituciones locales o una simple sociedad de recreo toma la iniciativa de colocar el adfeso en el consabido rincón martiano, que lo aguanta todo.

Esto no va con la maqueta del monu-

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



2

mento a Céspedes, que pocos conocen. Lo que se conoce es la inminencia del cambio de personajes sobre el mismo pedestal o por lo menos en el espacio reducido que ocupa la estatua desplazada. Poco importarán los trofeos, las inscripciones explicativas, la decoración accesoría, para justificar la pobreza del homenaje al *Padre de la Patria*, si la Plaza de Armas no da para más. ¡Habiendo tantos y tan adecuados lugares para erigir un monumento digno de su gloria! ¡Allá ellos, con su empecinamiento retador! Ahora no, pero en el futuro recaerá la responsabilidad sobre los que aconsejen y realicen esa profanación de la memoria del *Hombre de Yara*. A los que no pueden evitarlo, les queda el derecho de repetir con Unamuno, salvando las proporciones y las distancias: "Espero muy poco para el enriquecimiento del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que, por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón... Para realizar mi obra, me ha sido menester, en pueblos como estos pueblos de lengua castellana, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico o del dogmatismo librepensador o cientificista; me ha sido

preciso aparecer unas veces impúdico e indecoroso; otras, duro y agresivo; no pocas enrevesado y paradójico. En nuestra menguada literatura apenas se le oía a nadie gritar desde el fondo del corazón, descomponerse, clamar. El grito era casi desconocido. Los escritores temían ponerse en ridículo. Les pasaba y les pasa lo que a muchos que soportan en medio de la calle una afrenta por temor al ridículo de verse con el sombrero por el suelo y presos por un polizonte. Yo, no; cuando he sentido ganas de gritar, he gritado. Jamás me ha detenido el decoro. Y ésta es una de las cosas que menos me perdonan estos compañeros de pluma, tan comedidos, tan correctos, tan disciplinados hasta cuando predicán la incorrección y la indisciplina".

pobre  
ca del  
hombre  
maye

Una vez un *decorador* le dió una lechada *inconsulta* a la fachada de Palacio. Varios periodistas protestamos. Tan pronto se enteró el general Batista, a la sazón Presidente, como ahora, ordenó movilizar las mangueras y lavarla.

En este momento de inminente tontería, el general Batista es la única esperanza que nos queda. ¡Impida que mañana, a la hora del arrepentimiento tardío, lo incluyan entre los responsables del desaguisado que se intenta!

Alerta, oct 30/23



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA